

El sexto 25 de abril PORTUGAL: REVOLUCION Y FASCISMO

EDUARDO HARO TECLEN

SE escribió hace cinco años, cuando Portugal estrenaba revolución —25 de abril de 1974—, que el fascismo había muerto de muerte natural. Poco más o menos se diría lo mismo en España algún tiempo después, cuando realmente la muerte natural del dictador cambiase un régimen que tenía la muerte en el cuerpo. Convendría, sin embargo, puntualizar qué es lo que conocemos con el nombre genérico de fascismo, aunque pueda haber serias distinciones académicas entre unos y otros regímenes con objetivos similares. El fascismo es la actitud violenta que produce una clase amenazada con la pérdida de su poder tradicional; se apoya en personas dañadas con la situación de crisis y que creen que no hay otra salida más que la de fuerza, y desaparece cuando deja de ser necesario. Sin perjuicio de que se vuelva a apelar a él en el momento en que puede hacer falta de nuevo. El fascismo tiene, por lo tanto, un aspecto incidental o coyuntural, y tiene una realidad más profunda y más permanente. Recordemos que en Europa cayó en forma de catástrofe en la segunda guerra mundial, pero de forma que las estructuras de clases y de reparto de riqueza apenas han variado después. Lo que la caída de los fascismos en Europa tuvo de amanecer de una nueva era, las ideologías de la resistencia, el rejuvenecimiento de la democracia expresado oficialmente en palabras históricas —los comunicados Churchill-Roosevelt, el texto fundacional de las Naciones Unidas— han ido poco a poco siendo objeto de vigilancias, reducciones, limitaciones y zaps. Las sociedades siguen estando intensamente divididas y

los grupos de poder económico apenas si han variado.

El paradigma de Portugal es la reducción a su escala de este mismo fenómeno. Caben hoy pocas dudas de que la revolución del 25 de abril de 1974 era un fenómeno controlado. El general Spínola, con su monóculo centelleante como un heliógrafo y su actitud reservada, con sus años de servicio a varios fascismos —y no sólo al de su patria—, era el hombre que tenía que controlar y dirigir esa revolución: el fascismo no era ya necesario, era sim-

que de ninguna manera le va a ser permitido, cuando todo el tema de Portugal durante estos cinco años —por no retroceder en la Historia— es un asunto de militares. Militares eran los que se sublevaron, militar fue Spínola; militar es hoy mismo el Presidente de la República, que advierte a los militares, el general Ramalho Eanes, y por militares está compuesto el Consejo de la Revolución, convenientemente depurado después de sucesivas expulsiones o sustituciones de militares "que hacían política": es decir, la otra política, la

mento de expresión para convertirse, dentro del mundo de la política, en un juego de palabras. Veamos el escrito, hecho para este aniversario, de uno de los miembros del Consejo de la Revolución, el capitán de fragata Martin Guerreiro: "Desde hace muchos años, las Fuerzas Armadas han desempeñado un papel político importante en la sociedad portuguesa. Esta situación se explica más bien por la necesidad que de ello tienen las diversas fuerzas políticas que han dirigido el Estado que por vocación propiamente dicha de las Fuerzas Armadas para el poder o la política"; o bien: "Es importante acentuar aquí que el Consejo de la Revolución no existe porque hay unos militares que les gusta la política y se quieren agarrar al poder. El Consejo de la Revolución existe como respuesta a una necesidad concreta u objetiva de nuestra sociedad y de nuestro proceso" ("Diario 16", 25 de abril de 1979). Mientras tanto, el país se apresta a aceptar un nuevo primer ministro que, según se dice, será un militar, desgastado ya el Gobierno de Mota Pinto. Se barajan nombres: el coronel Firmino de Miguel —de quien se habla siempre que hay crisis—, el teniente coronel Vitor Alves, el teniente coronel Loureiro dos Santos. Pero, dentro de esta misma semántica de lo absurdo, que no se trata de entregar el poder a los militares, sino de que el jefe de Gobierno sea militar (Diego Carcedo, en Televisión Española).

Mientras tanto, los que se han desgastado en Portugal son los partidos políticos: los civiles. "En Portugal hay una campaña contra los partidos políticos; se busca un regreso al pasado y la entrega del



El Presidente Ramalho Eanes pasa revista a las tropas durante la celebración del quinto aniversario de la revolución.

plemente una rémora para la inclusión de Portugal en Occidente. Su guerra colonial era un anacronismo que impedía la estabilización del continente africano —que sigue sin estabilizar, naturalmente— y dañaba la economía del país y su material humano. Es curioso oír, el miércoles de la semana anterior, al Presidente de la República advertir que los militares no deben entrar en política, y

que no está en el designio o en el centro de decisiones. Esta paradoja de la que es ejemplo vivo Ramalho Eanes, Presidente electo de una política y guardián de una Constitución y general al mismo tiempo que dice que no acepta que los militares hagan política, tiene todas las expresiones retóricas que se quieren, en esta época en la que el lenguaje ha dejado de ser un auténtico instru-



Tras la euforia de aquel 25 de abril de 1974, un sentimiento de frustración creciente se ha ido apoderando del país vecino.

país a un salvador", dice Mario Soares. Es decir, el hombre que más se ha desgastado, por su imposible Gobierno socialista sin socialismo posible durante varios años, durante el cual Gobierno, a su vez, procuró desgastar a los otros partidos democráticos, por la ley antropofágica de la política, sobre todo de la política de izquierdas. Es una situación interesante. La produjo la revolución el 25 de abril de 1974 y, con ella, unas estampas inolvidables: los claveles en el cañón de los fusiles, los tanques transportando muchachitas en sus lomos de acero, los marinos —como de Cronstad— elevando en sus hombros a los niños para que pudieran ver pasar desfiles y manifestaciones. Detrás estaba, enigmático y reservado, el general Spínola. Era el mecanismo de corrección. Cuando fue descubierto como tal, el general Spínola fue derribado y tuvo que huir; pero ya otros organismos de corrección estaban en marcha. Poco a poco el carácter revolucionario de las primeras jornadas iba declinando; se anulaban las incautaciones, los comités de autogestión, la ocupación de la prensa por sus propios redactores. Poco a poco irían recuperándose las tierras ocupadas por los campesinos. La revolución tenía otro signo. Iban a ir cambiando los presos en las cárceles: saldrían los del régimen de Salazar —prácticamente reducidos a los miembros des-

tacados de la Policía política— para que ocupasen sus puestos otra vez las gentes de la izquierda. Los militares tocados por la revolución iban siendo eliminados del mando: en los peores casos, juzgados y condenados. Mientras, se preparaba la Constitución, se celebraban elecciones legislativas y presidenciales, se creaba el primer Parlamento.

Mario Soares presidía todo ello. Está claro que pre-



El nombre del teniente coronel Vitor Alves suena, junto con los de otros militares, para nuevo primer ministro.

sería lo posible; quizá con altanería, quizá con un espíritu más rudo que fino y con un viejo anticomunismo de fondo que podría estar acentuado por el carácter radical, no eurocomunista, del PCP de Alvaro Cunhal, al que a su vez se puede comprender por

su creencia de que un país de gran pobreza no puede transformarse rápidamente por medios únicamente democráticos, o por su idea de que la sociedad mundial de Occidente no iba a permitir nunca una radicalización evolutiva de Portugal y, por lo tanto, de que habría que mantener una forma árida de oposición. Cabe, dentro de lo puramente ucrónico y meramente especulativo, pensar que si Mario Soares hubiese sido menos personalista y más aficionado a la unidad de la izquierda como parecía esperarse de aquellas manifestaciones del 1 de mayo de 1974, y que si Alvaro Cunhal hubiese sido más posibilista y más hábil, el frente de la izquierda hubiese dado más juego en Portugal y hubiese hecho irreversible no una revolución a la soviética o a la cubana, que no estaba prevista en los centros de decisión, pero sí una mayor reforma social. Fuera de esta especulación, puede pensarse que efectivamente Mario Soares creyó que una cierta alineación con las socialdemocracias, un buen entendimiento con los Estados Unidos y una pertenencia a la OTAN profundizada podría poner en el país un orden democrático y una mayor justicia distributiva.

Por esta vía fue de pacto en pacto, de acuerdo en acuerdo. Mientras los datos reales del país no mejoraban. Sin salir de la pobreza, sin salir de la injusticia en el repar-

to, con una limitación cada vez mayor de las libertades. Y con dos estructuras opuestas a la democracia, salazarinas, absolutamente opuestas al proceso de democratización: la Iglesia y el capital. Más el control continuo del Ejército.

Mario Soares duró cuanto tenía que durar: mientras fue útil. ¿Un tonto útil de la derecha? Sería una frase injusta: Mario Soares no es tonto —aunque no tenga el talento político que él mismo cree—, y su utilidad era un juego en el que ha perdido: jugaba con la gran derecha del país, creyendo que podría obtener de ella concesiones y posibilidades, que podía intercambiar esas concesiones y posibilidades por su condición de dique contra el comunismo, contra los partidos que se consideran a la izquierda del comunismo y contra una revolución a la cubana —o a la argelina o a la yugoslava—, y en realidad la derecha jugaba a lo mismo. Hasta que le ganó. Y le despidió, por intermedio de Ramalho Eanes, de una manera vergonzante. No ha salido todavía de su estupor y de su furia.

Había dejado de ser necesario. El misterioso desgaste de los partidos políticos, que ni habían podido gobernar ni cumplir sus programas, estaba ya en un buen punto; el Parlamento estaba prácticamente destruido y a punto de ser disuelto —es probablemente el próximo paso—; la fuerza en su puesto para impedir cualquier intento de reacción revolucionaria; los contactos internacionales, asegurados.

Apaciblemente, toda una burguesía va estando convencida de que los partidos políticos son inútiles, de que hacen falta buenos técnicos —tecnócratas— y, sobre todo, mano firme para evitar los desmanes. Y así se celebró el 25 de abril el quinto aniversario de la revolución de los claveles con fuegos artificiales, con claveles y con letreros de que el fascismo "no pasará": como en el Madrid de 1936. Y tienen razón: el fascismo, el viejo fascismo de Mussolini y de Salazar, ya no es necesario. ■